

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo II

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

372 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz02.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO XXXII

PRIMERA EVASION DE PUEBLA

Del 19 al 23 de mayo de 1863

Como al rehusarme a firmar el acta manifesté por escrito que no podía hacerlo porque tenía deberes que cumplir, incompatibles con el compromiso que el acta entrañaba, me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones para tenernos perfectamente seguros, al grado de tener apostados un centinela en la puerta de los cuartos en donde dormíamos.

Así, pues, el 21 de mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, me quité mi uniforme a todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos y para arreglarles algunos negocios.

Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera embozado en un plaid, cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto y me hiciera pasar por un reconocimiento como lo hacían con todos los que salían aunque fueran paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero encontré que el comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galland, del 3º de Zuavos que habiendo sido prisionero nuestro había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió a ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de

la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y muy pocos salieron para Europa.

Tuve muchas dificultades en mi salida porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré a un amigo que me llevó a su casa, y casualmente era la misma en que se había refugiado el general Berriozábal, quien contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, que le facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña, y pasándolo con los suyos como si perteneciera a su patrulla, en virtud de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El doctor Cacho, que era de los que acompañaban al general Berriozábal, se quedó en Puebla para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

Caminamos toda la noche por los montes, por evitar el camino real, nos perdimos, y al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente a Puebla, oyendo los alertas de los traidores que estaban fuera de la ciudad. Nos dirigimos al pueblo de San Miguel Canoa, y suponiéndonos oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, quien había pasado varios días en su casa, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara a Tlaxcala. De allí nos dirigimos a la Hacienda de Techalote y después a Apam, en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo a la capital.